
CHUPACORRIENTES

A. J. BOZINSKY

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8543

Título: CHUPACORRIENTES

Autor: A. J. BOZINSKY

Etiquetas: ficción extraña, autor independiente

Editor: Álvaro Bozinsky

Fecha de creación: 28 de marzo de 2025

Fecha de modificación: 28 de marzo de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

CHUPACORRIENTES

CHUPACORRIENTES

A. J. BOZINSKY

Traducción al inglés a cargo de

Isabel Montesanto

(<https://dulceye.neocities.org>)

CHUPACORRIENTES

En las casas antiguas, los contadores de corriente eléctrica estaban instalados dentro del hogar. Esto daba lugar a que ocurrieran diversos tipos de irregularidades, que más tarde se evitaron recurriendo a la instalación exterior. Si se observa bien, este caso resultará feliz, debido a tan singular detalle... Aunque debiera corregirme, porque en realidad se trata de un triste feliz final.

Edberto escuchaba su radio transistorizada, ubicada sobre la mesa de trabajo que había pertenecido a su abuelo, quien en vida fuera de profesión sastre y de vocación poca para el trabajo, heredada con plenitud por Edberto, junto a un par de tijeras de excelente metal, géneros e hilos de muy buena calidad, libros de caja con manchas de hongo, una docena de revistas de sexología, herramientas de madera cuyo uso desconocía, varias antiguallas, y la radio que, en ese instante y sin su funda de cuero, transmitía en amplitud modulada información de primer momento.

Ora la voz gangosa de una asmática, ora la voz medio atiplada y medio falsete de un mequetrefe, alertaban sobre las enigmáticas muertes por electrocución, que hacía dos semanas se incrementaban, dejando sin respuestas a la

policía y a los técnicos de la compañía eléctrica.

—Raro —dijo Edberto—. Pero más raro son los niños con cola.

Cambió las orientaciones vertical y horizontal de la revista de sexología, para que el reflejo de luz de la lámpara sobre su cabeza, le permitiera ver con claridad la fotografía de un niño con cola.

—¡Joder! —exclamó perplejo—. ¡Qué incómodo ha de ser vivir contento!

Por preferir mirar láminas y omitir textos, y por preferir la imaginación al rigor científico, Edberto forjaría extrañas fantasías cuyas semillas se encontraban en las revistas de sexología, que germinarían en fecunda y desordenada mente, acompañándolo durante su vida.

Poco adepto al fútbol, apagó la radio ante la transmisión en directo de un partido local, y se dedicó a perder el tiempo hurgando en los cajones del noble mostrador, riéndose de la desgracia de tener cola, tratando de encontrar algún valor a las antiguallas y a los útiles de sastrería.

Hasta mediodía, se entretuvo dibujando entre las hojas en blanco de los cuadernos de caja, hasta que se aburrió por completo de recrear escenas bucólicas de gente con cola. Esperando a que su abuela terminase de preparar el almuerzo, rellenó con colores los diminutos rectángulos donde antiguamente los auxiliares contables anotaban números, y creyó descubrir una nueva técnica pictórica similar al puntillismo, que por estar relacionada con lo contable y la apatía, abruptamente bautizó con el nombre de “contaduría”.

La abuela estaba harta de él. El día anterior le había amenazado con dejarlo sin comer si no conseguía un trabajo, por lo que, siendo mujer de palabra y superviviente a tiempos hostiles, contestó con cacerolazos a sus súplicas de almuerzo.

Edberto se atrincheró definitivamente en la pieza del sastre. Como trabajar tiene mucho que ver con la injusticia y la tortura, que son espantosidades del mundo, descartó de plano los consejos de la pérfida abuela, pero, sin embargo, se obligó a sí mismo, por primera vez en su vida, a intentar pensar productivamente, de modo que, aunque no tuviera la menor idea de cómo hacerlo, al menos por cansancio, surgiera una idea que le permitiera ganarse la vida.

Aunque el intento fue serio, el propio pensador se dio cuenta que, por más esfuerzos que hiciera, su mente juguetona, demorada en el espacio de la niñez y la adolescencia, llevaba el curso de la lucha hacia lúdicos terrenos y, entonces, por ejemplo, si se le ocurría vender una regla de madera, pronto se veía como un espadachín en medio de violento combate; si el torso de un maniquí pudiera trasladarse a la casa de remates más cercana, se convertía en un reo atravesando el patíbulo resignándose a la decapitación; si la noble tijera podía pasarse a billetes, pronto era el crucifijo que aterraba a una legión de demonios saliendo de la puerta del sótano...

Por fin, de tanto desarrollar ideas, cayó rendido en una butaca, asiento predilecto donde en vida, su abuelo había pasado interminables horas leyendo libros y revistas, en vez de cortar y coser géneros. El sueño le cerró los ojos, y lo hundió más y más en sí mismo, hasta replegarlo de tal modo, que todo fue oscuridad y silencio...

...Una chicharra pasó zumbando... Murmullos y ecos... Destellos... ¡Chasquidos! Voces cascadas que se distorsionaban hasta parecer gruñidos de fieras... ¡Un claro grito de horror!

Fue como el estruendo de una bomba, lo que hizo a Edberto despertarse con la bendición de saber qué hacer. Así como la concentración y el sueño revelan grandes verdades a los genios, a este mortal se le ocurrió que lo mejor sería vender todo de a poco, y, para ponerse manos a la obra determinó

que lo primero sería el espejo de tres hojas que tenía enfrente, donde antaño los clientes se podían observar satisfechos o disgustados de pies a cabeza antes de

¡Pero nada de esto importa!

Reflejado en el espejo, lo vio. Prendido en un rincón donde techo y paredes convergían, chupaba afanosamente la caja de fusibles. La cabeza parecía una enorme muela, con dos ojitos negros por caries, nariz chata de boxeador, tres bornes de cobre dispuestos en línea acaso dientes o enchufe. Era albino, escuálido, los bracitos parecían patas peludas de una araña, que quedaban descubiertos por la camisa de manga corta del uniforme de la compañía eléctrica. Una cola larga, viboresca, salía del pantalón. El espantoso ser, andaba descalzo.

Al verse sorprendido, el chupacorrientes lanzó un rayo desde la punta de sus dedos, e hizo saltar astillas a dos centímetros de los pies de Edberto, y, al ver que éste no atinaba a adivinar de qué se trataba todo aquello, aprovechó para saltarle encima y escupirle un chorro de electrones en los ojos.

Medio enceguecido, pero sirviéndose del peso de su barriga, Edberto giró sobre sí mismo y puso debajo al atacante, impartándole manotazos para desprenderse de él. Una vez que a duras penas lo consiguió, sin dejar de llevarse unos buenos sacudones eléctricos de alto voltaje, corrió hasta la puerta con la intención de huir... Al abrirla, cayó la abuela sobre él, completamente convertida en chamusquina.

¡Pua!

Siempre había detestado a aquella anciana malhumorada, con la mano pronta a extenderla para surtirle de sopapos, o a cerrarla para coscorriones, mas aquel pedazo de asado pasado de brasas, hizo que olvidara cuantas veces le había deseado la muerte, y sintió un poco de lástima, porque por lo

general, cuando uno desea la muerte a alguien, es simplemente para que desaparezca de su vida, pero no para que se abalance de forma tan desagradable y antinatural.

Poco tiempo tuvo para pensar o sentir algo por la vieja maldita, porque el chupacorrientes ya se había incorporado, y le estaba rascando la espalda con diez rayos azules salidos de las puntas de sus uñas... Y digo bien "rascando", porque en otro individuo aquello hubiera bastado para abrirle los trapecios, romboides y dorsales, mas en Edberto, el ataque surtió el efecto de quien ama a su cerdo favorito, y le prodiga los mimos que traen a colación el viejo dicho sobre la culpa. En vez de dolor o abatimiento, sintió, quizás por primera vez en su vida, o por lo menos en muchos años, que la pereza y la modorra patológica eran reemplazadas por un nuevo estado de exaltación... A cada choque de electrones, en vez de doblarse como quien recibe la picana por oponerse al sistema político, le parecía que acercaba su nariz a un vaso recién servido de refresco efervescente; cuando el arco de una soldadura emanaba de la boca del chupacorrientes para chocar con su testa, mayor lucidez mental adquiría; si los ojos parecían focos capaces de iluminar un estadio y de cegar a un hombre, Edberto adquiría la visión del campeón mundial de arquería... Entonces, la inmundia bestia se replegó sobre sí misma, se produjo un chisperío descomunal en todos los puntos de la habitación, y de lo que sería su ombligo salió una columna de luz que impactó de lleno en la frente del revitalizado somnoliento.

¡Zas!

El chupacorrientes, dragón que mató San Jorge, cayó exhausto en pantalón y camisa a los pies de Edberto coronado por dorada aureola. Calzado con su botín entre viejo y eterno, apoyó el pie sobre la cabeza del vencido, consiguiendo una pose que rivalizaría con cualquier estampita de las que se venden en los ómnibus. En vez de atravesarlo con las tijeras a guisa de lanza, lo ató de pies y manos valiéndose de un borbollón de retazos.

¡Fenomenal!

Así como la pereza no había tardado en disiparse, tampoco las dudas lo hicieron respecto a aquella situación, pues cuerpo y mente se establecen en férrea unión, y a una voluntad colosal corresponde gran claridad de inteligencia, o al menos aquí no hubo una de las tantas excepciones a la regla. Casualmente, Edberto realizó el hallazgo más importante de su vida, y por partida doble: se le había aparecido un ser extrahumano, capaz de acumular enormes cantidades de energía eléctrica, y, a su vez, lanzarla en forma de terribles rayos cuando le viniera en gana, sobre todo, cuando consistía en matar personas; había descubierto que la electricidad no le perjudicaba al recibirla directamente, antes bien, le prodigaba una apetecible y reconfortante sensación, como el artista inspirado o el comerciante visionario que se deja caer en un sillón con un vaso de buen whisky, y, entre sorbo y sorbo, las perspectivas de sus proyectos se hacen más claras y profundas, redituándole a posteriori, mayor fama o dinero. En cuanto a la abuela, estaba muerta. La pobre vieja yacía en la pieza contigua, encogida, chamuscada, desgranada y profusamente humeante, como algo que se dejó olvidado en el horno y recién se atina a abrir la puerta. Que cada cual tenga lo que se merezca... No se podía pedir mayor perfección.

¿Y ahora qué?

Dos ideas se sumaron, acudiendo solícitas desde su memoria. Lo visto en una vieja serie policial de televisión, y el radiograbador que su abuela le había regalado en un cumpleaños, para quitárselo después... Acaso, como el Señor, bendita fuera por tal acción. Fue hasta el dormitorio de la quemada difunta, tomó el radiograbador de la mesa de luz y un cassette virgen del cajón, además de una lámpara ajustada al respaldo de la cama, agradeciendo que en vida, la anciana fuera adicta a grabar los ruidos que los fantasmas

producen por la noche.

Volvió a la carrera hasta el taller del sastre. Con pocos aprontes, logró ubicar al chupacorrientes de tal manera que la luz le diera en plena cara, y, apretando las teclas “record” y “play”, le tomó confesión después de reanimarlo a bofetadas.

¿Para qué escuchar la monótona voz del narrador, si la cinta, aunque bastante deteriorada, no deja mentir a otro que no sea el propio involucrado?

///—No#, no... P%or favor... Ya está #bien... &Hablaré...***
Esto empezó *** cuando conseguí e=mpleo= en la
compañí+a de electricida\$d*** Entré gracias a *** Mi tare%a
consistía en t#omar el consum+o d+esde los medidore///s...
*** Yo no tenía= a idea de quién era, hasta& que +un
des\$cuido de+++venido en# accidente, me h\$í=zo ver...+
**** Oh... *** Fue un cabl++++e pelado haciendo***
contacto con la c%aja metálica+... #*** Sentí un \$fuerte
sacudón, pero lueg=o, contrariamente a lo que a todo el
mundo le sucedería, experimenté #un*** leve
bienest\$++ar*** Extrañado *** No \$quise permanecer en la
***duda, así que volví a acariciar *** &el= cable p#elado un
par de veces má=s, retribuýé%vndom=e con un placer
mágico. Yo era dis***tinto a todos. Ya desde niño#,+ sabía
que +el destino me t\$%enía resevado un plan especial. Mi
nombre+\$ no sería +borrado de la historia como en el c#aso
de ***la ma=yoría de+ los +mo+rtales. %Pero l***a&
vulgaridad de lo cotid***iano, que arrasa, =que destruye
cualqu#ier prominencia intele\$ctual, que achata la///
i+nteligencia +de los se***lectos hasta convertirla en la
misma %m=iseria d+el res+to. El hacinamiento en una
sociedad de objetivos triviales. #+La ene+rgía del& universo
se bloquea\$. La& sa#biduría de Dios no \$***es abs+oluta.
No= existe tal cosa. No hay armonía en el universo. = Lo
elevado +cae al prec%ipicio para encontrarse con el p***an

de todos los días En fin, per+dí po#r compl=eto aquella firme co=nvicción. Que #por qué no me dedi+qué a tomar mi alimento y vivir tranquilame\$nte s&in molest=ar a nadie. +Ust\$ed no entie**=*nde nada de nada. Comprendería d***e inmedia+++to +si conociera cada una de# las crueles burlas a las que fui sometido cuando era niño. Cabeza/// de muela***, dientes de tornillo, patas de d#&=estorn+ill+ador, boca de pinza, cara de vampiro, todos se reían de mi, en tod\$os*** lados, en la escuela, e\$n% el barrio, # hasta en el t***rabajo, ya siend+o hombre, hablaban y se/// burlaban a mis es***paldas. Todo siempr=e fue a#sí. Odio a+l hombre. Odio a la raza humana. Si un deber te+ngo en la vida\$, ade&más del poder ///que =me fue conf%erido, ha #de ser +++para ven*=+**garme y para hacer ju///sticia, para\$ dejar el lugar a sere***s+ más evo=lucionados, +que #vendrán al planeta en cualquier mome%nto. +Per+o usted nada de e***sto \$ente&#nderá jamás, a no ser que... Me pregunto...# aho***ra me pregunto si usted n#o será =uno de los nuestros. ++&

Edberto no pudo evitar el hallazgo de analogías con su propia vida, pues bastante sabía él de rechazos, burlas e incomprendiones, por eso, cuando el chupacorrientes, sacando el enchufe que guardaba bajo su lengua le rogó que lo acercara al tomacorriente más cercano para así poder comenzar a restablecerse, dudó por dos segundos si apiadarse o no de su capturado. Pasado ese tiempo, resolvió la incógnita con palabras que brotaron de lo más profundo de su alma:

—Alimaña barata con poderes eléctricos, tú has determinado tu innoble suerte, porque las decisiones criminales no siempre quedan exoneradas de la justicia de los hombres, donde pulula la iniquidad, donde jueces, abogados y políticos se dan la mano para absolver al verdadero culpable y condenar al inocente. Porque aquí estoy yo, observando las cosas desde arriba, como te estoy observando a ti. A más de

un asesino miserable vi hacerse el agonizante para escapar de su merecido castigo, implorando por uno menor, pronto a volver al crimen en la primera oportunidad que dispusiera. Podrías haberme engañado, pero ahora mis ojos ven mucho más profundo que en el mero cascarón de lo que llamamos realidad. Tu alma es negra como todas las almas de los que hacen piruetas en el circo del poder. Has sido pérfido hasta en el último minuto de tu vida, queriéndome engañar... ¿O acaso crees que no me di cuenta que, mientras tratabas de envolverme con tu lastimero monólogo, te estirabas hacia la tijera a tu lado, para tomarla una vez que terminaras de desatarte con los filosos alicates de tus uñas, y hundírmela sin remilgos aunque yo por compasión te auxiliara?

Dicho esto, Edberto recogió con media brazada la tijera, y con otra media la hundió en el cráneo del chupacorrientes que, quebrándose como un huevo, dejó escapar bolitas de luz que rodaron por el piso, evaporándose al instante... Y se fue a dar aviso a la policía.

Bien dijimos que se trataba de una historia con un triste feliz final, porque si bien el chupacorrientes dejó de existir para el bien de la humanidad, o por lo menos de los consumidores de energía eléctrica, nadie creyó a Edberto su absurdo cuento, y fue acusado por el asesinato de su abuela y del pobre tomador de consumo. Sentenciado a treinta años de prisión, estará pasando un calvario mucho peor que el “cabeza de muela”, apelativo que será de los más delicados en recibir por parte de las gentuzas que allí moran. Pero así como el mismo Cristo, de haber vivido más, se hubiera dado cuenta del error que cometía al sacrificarse por una humanidad podrida y se habría aplicado en un proyecto de eliminación masiva, Edberto, apoyándose en sus electromagnéticos poderes, se escapará en cualquier momento de la cárcel, y, ahí sí, casi todos tendrán como mínimo, un triste final.

CHUPACORRIENTES

In old houses, electricity meters were installed inside the home. This led to all sorts of irregularities which later were avoided with exterior installations. If you pay attention, the story turns out happy because of this unique detail... Although you should correct me, because really it's a sad happy ending.

Edberto was listening to his transistor radio, which sat on the worktable that had belonged to his grandfather, who in life had been a tailor by profession and not much of a worker by vocation. Edberto had inherited it along with a pair of scissors made of excellent metal, high quality fabric and thread, cash books spotted with mold, a dozen sexology journals, wooden tools whose purpose he did not know, various antiques, and the radio which, free of its leather cover, was at that moment transmitting breaking news in AM.

There prays the nasal voice of an asthmatic, prays the half reedy and half falsetto voice of a busybody, reporting on the mysterious deaths by electrocution that had increased two weeks ago, leaving the police and the power company's technicians with no answers.

"Weird," said Edberto. "But kids with tails are weirder."

He rotated the sexology journal so that the light reflected by the lamp above his head would allow him to see clearly the photograph of a boy with a tail.

"Fuck!" he exclaimed wonderingly. "Must be so uncomfortable to live a happy life."

Because he preferred to look at the plates and skip the text, and because he preferred his imagination to scientific rigor, Edberto constructed strange fantasies from the seeds of the sexology journals. They germinated in a fertile and disorganized mind, accompanying him throughout his life.

Inept at soccer, he turned off the radio before the live broadcast of a local match and committed himself to wasting time rummaging through the drawers of the noble display cabinet, laughing about the misfortune of having a tail, trying to find some value in the antiques and tailor's notions.

Until noon he entertained himself by drawing on the blank pages of the cash books, until he got completely bored of recreating bucolic scenes of people with tails. While waiting for his grandmother to finish preparing lunch, he colored in the tiny rectangles where the bookkeepers had used to take down numbers, and believed he had discovered a new pictorial technique akin to pointillism. Given its relation to apathy and accounting, he abruptly baptized it with the name "accountancy."

His grandmother was sick of him. The day before she had threatened to stop feeding him if he didn't get a job. Being a woman of her word and a survivor of hard times, she responded in protest to his pleas for lunch.

Edberto firmly entrenched himself in the tailor's room. Working has so much to do with injustice and torture, horrors of the world, and he completely discarded the advice of his untrustworthy grandmother. Nevertheless, he forced himself, for the first time in his life, to try and think productively, so that, although he hadn't the slightest idea how, at least out of boredom there might arise an idea that would allow him to earn a living.

Although his intentions were serious, the thinker himself realized that the more he tried, his playful mind, stalled in the region of childhood and adolescence, always took the path of the fight towards game territory. For example, if it occurred to him to sell a wooden ruler, soon he would see himself as a swordfighter in the midst of violent combat. If the torso of a mannequin might have scooted itself to the nearest auction house, it would become a convict resigning

himself to decapitation on the way to the gallows. If the noble scissors could be converted to bills, suddenly they were the crucifix that terrified a legion of demons emerging from the door to the basement.

Finally, defeated by so much ideating, he fell into an armchair, the favored seat where in life his grandfather had spent endless hours reading books and journals instead of cutting and sewing fabric. Sleep closed his eyes, and he sank further and further into himself, until he had so withdrawn that everything was darkness and silence...

...A cicada buzzed by... Murmurs and echoes... Flashes... Cracks! Cascading voices that distorted themselves until they seemed like the growls of beasts... A clear cry of horror!

It was like the roar of a bomb. Edberto woke up blessed with the knowledge of what to do. Just as concentration and sleep reveal great truths to geniuses, it occurred to this mortal that he'd better sell everything bit by bit, and to get things moving he determined that first to go would be the three-leafed mirror in front of him, where back in the day clients had been able to look at themselves, satisfied or disgusted, from head to toe, before

But none of this matters!

He saw it reflected in the mirror. Latched into a corner where the ceiling and walls met, it was sucking diligently on the fusebox. Its head looked like an enormous molar, with two little black cavities for eyes, a flat boxer's nose, three copper terminals arranged in a row maybe teeth or plugs. It was albino, scrawny, its little arms, like the hairy legs of a spider, left uncovered by the short-sleeved shirt of the power company uniform. A long tail, viperlike, emerged from the pants. The frightening creature was barefoot.

Surprised, the chupacorrientes¹ shot a ray from its fingertip, making splinters jump out hardly two centimeters from

Edberto's feet. Seeing that he had not gotten the message, it took the opportunity to jump on top of him and spit a stream of electrons into his eyes.

Half blinded, but making use of the weight of his stomach, Edberto flipped himself over and put his attacker underneath, swatting it to detach himself. Once he succeeded, with difficulty as he kept receiving good high voltage electric shocks, he ran towards the door intending to flee... As he opened it, his grandmother fell on top of him, completely blackened.

Ugh!

He had always hated that cranky old woman, her hand quick to stretch out and slap him or close to give him a smack, but this stale piece of barbecue off the coals made him forget how many times he had wished her dead, and he was a little sorry. Generally when one wishes for another's death it is only so she might disappear from one's life, not fall in such an unpleasant and unnatural way.

He had little time to think of or feel anything for the old hag because the chupacorrientes had collected itself and was scratching his back with ten blue rays that came from the tips of its nails... And I do mean "scratching", because on someone else this would have been enough to open the trapezius, rhomboids and dorsals, but on Edberto the attack had the effect of a pampering given by one who loves his favorite pig, bringing to mind the old saying about fault.² Instead of pain or despair, he felt, perhaps for the first time in his life, or at least in many years, his pathological laziness and sleepiness replaced by a new state of exultation... With each jolt of electrons, instead of doubling over like someone getting cattle prodded for opposing the political system, it seemed to him that his nose was approaching a freshly served glass of fizzy soda; when a welding arc from the chupacorrientes' mouth came and collided with his skull, he gained the utmost mental lucidity; if its eyes were like

spotlights capable of lightning stadiums and blinding men, Edberto gained the vision of an archery world champion... The unclean beast folded over itself, it showered an extraordinary amount of sparks into every corner of the room, and from what might have been its belly button, there came a column of light that hit the revived sleepyhead right on the forehead.

Bang!

The chupacorrientes, dragon that killed Saint George, fell exhausted in its pants and shirt at Edberto's feet, crowned in golden aureole. Wearing boots somewhere between old and eternal, he rested his foot on the head of the defeated, striking a pose to rival any of those little saints' pictures they sell on the bus. Instead of skewering it with the scissors as a lance, he tied it hand and foot, making use of a fountain of scraps.

Awesome!

Just as his lethargy had dissipated in no time, so did his doubts with respect to the situation. Body and mind establish themselves in ironclad union, and to a colossal will corresponds great clarity of intelligence, or at least here there was not one of the many exceptions to this rule. It so happened that Edberto made the greatest discovery of his life, and twice over: an extra-human being, capable of accumulating enormous quantities of electric energy, and, in its turn, project it in the form of terrible rays when the mood struck, above all, when this involved killing people, had appeared to him; he had discovered that receiving electricity directly did not harm him, in fact, provided an appealing and reinvigorating feeling, like the inspiration of an artist or the easy chair and good whisky of the visionary businessman who, between sips, finds his perspectives on his projects much clearer and more profound, yielding, a posteriori, maximum fame and fortune. With regard to his grandmother, she was dead. The poor old woman lay nearby, shrunken,

scorched, skinned and smoldering profusely, like something left forgotten in the oven until the door was opened. That everyone should get what they deserve... One couldn't ask for greater perfection.

And now what?

Two ideas arose, begging attention from his memories. Something he'd seen on an old police show, and the tape recorder his grandmother had given him one birthday, only to take away later... maybe, like the Lord, he was blessed by that action. He went into the bedroom of the burnt deceased, and took the tape recorder from the nightstand and a virgin tape from the drawer, along with a lamp attached to the back of the bed, feeling grateful that in life, the old woman had been addicted to recording the noises ghosts make at night.

He hurried back to the tailor's workshop. With a little effort, he managed to position the chupacorrientes such that the light would hit it face on, and, pressing the buttons "record" and "play," he took its confession after reviving it with blows.

Why should we listen to the monotonous voice of the narrator, when the tape, though quite broken down, forbids lies from all but the one involved?

///-No#, no... P%lease... That's #enough... &I'll talk...*** It started *** when I go\$t a j=ob= with the powe\$r compan+y*** I started thanks to *** My jo%b was to t#ake down the usag+e f+rom the meter///s... *** I ha=d no idea whose it was, until& +an over\$sight that+++caused an # accident, m\$ad=e me see...+ **** Oh... *** It was a stripped wir++++e touch****ing the metal+ b%ox... #*** I felt a stong tremor, but the=n, instead of what would happen to anyone else, I experienced #a*** light wellbe\$++ing*** Amazed *** I didn't \$want to remain in ***doubt, so I

stroked ** &the= s#tripped wire a few mor=e times and
 wa=s again repa%id with magical pleasure. I was dif**ferent
 from everyone. Since I was a kid#, + I knew +destiny h\$%ad
 a special plan set aside for me. My name+\$ would not be
 +erased from history as it is fo#r ***m=ost +mo+rtals.
 %But t***he& vulgarity of the every***day, that
 demolishes, that destroys all intelle\$ctual prominence, that
 flattens the/// i+ntelligence +of the se***lect until it
 becomes the same %m=isery o+f everyone els+e. The
 overcrowding in a society of trivial aims. #+The ene+rgy of
 the& universe is blocked\$. The& wi#sdom of God \$***is not
 abs+olute. There is no= such thing. There is no harmony in
 the universe. = What is elevated +falls from the cli%ff to
 meet the d***aily bread In the end, I compl=tely los+t this
 firm co=nviction. W#hy didn't I dedi+cate myself to eating
 my food and living peacefu\$lly wi\$thout bothering anybody.
 +Yo\$u don't unders**=*tand anything about anything. You
 would see i*mmedia+++tely if you knew all the cruel jokes I
 was subjected to as a kid. Molar***head///, screwteeth,
 s#&=crew+dri+verlegs, pliermouth, vampireface, everyone
 laughed at me, every\$where***, at school, aro\$und% the
 neighborhood, #even at w***ork, once I wa+s a man, they
 talked and laughed/// behind my b***ack. Everything was
 alway=s like t#hat. I h+ate man. I hate the human race. If I
 have one duty in life\$, alo&ng with the power ///that was
 conf%erred on =me, #it must be ++to aven*=+**ge myself
 and to do ju///stice, to\$ leave the place to more evo=lved
 bein***gs, +who#ll be coming to the planet any moment
 now. +Bu+t you will never \$unde&#rstand any of t***his,
 unless... I wonder...# no***w if you might n#ot be =one of
 us. ++&

Edberto could not fail to notice the analogies to his own life,
 as he knew plenty about rejection, jokes and
 misunderstandings. So, when the chupacorrientes, taking out
 the plug it had under its tongue, begged him to bring it closer

to the nearest outlet so that it could begin to revive itself, he doubted for two seconds whether to take pity on his captive. When this time had passed, he resolved the conundrum with words that emerged from the very depths of his soul:

"Cheap varmint with electric powers, you have determined your ignoble luck, for criminal decisions are not always exonerated by man's justice, where iniquity teems, where judges, lawyers and politicians wave a hand to absolve the truly guilty and condemn the innocent. For here I am, observing these things from above, as I am observing you. I've seen more more than one miserable murderer pretend to be dying to escape the punishment he deserved, begging for a lesser one, only to return to crime at the first available moment. You might have fooled me, but now my eyes see far past that mere shell we call reality. Your soul is black like all the souls doing pirouettes in the circus of power. You have been perfidious up to the last minute of your life, seeking to fool me... Or do you think I didn't notice that, as you tried to engage me in your painful monologue, you were stretching towards the scissors at your side, to take them up as soon as you finished untying yourself with those sharp pliers you have for nails, and sink them into me with no frills, even as I would save you in compassion?"

Having said this, Edberto picked up the scissors in one half stroke, and in another he sank them into the skull of the chupacorrientes, which, cracking like an egg, released little balls of lights that rolled across the floor, evaporating instantly... And he went to alert the police.

We have said that this is a story with a sad happy ending. While the chupacorrientes did cease to exist, for the good of humanity, or at least consumers of electricity, nobody believed Edberto's absurd story, and he was accused of the murders of his grandmother and the poor meter reader. Sentenced to thirty years in prison, he will be suffering an ordeal much worse than "molarhead," surely among the most

gentle monikers given by the riffraff that dwell there. But just as Christ himself, having lived longer, would have realized the mistake he made in sacrificing himself for a rotten humanity and applied himself to a project of mass extinction, Edberto, relying on his electromagnetic powers, will be escaping from jail any minute, and then, yes, almost everyone will be having at least a sad ending.

1. The chupacabra, literally "goat sucker," is a legendary creature of the Americas said to drink the blood of goats and other livestock. Chupacorrientes = "current sucker."

2. La culpa no es del chancho sino de quien le rasca el lomo. "The fault is not with the pig but with the one who scratches its back." Many variants, including: "Don't blame the pig, blame those who feed it."

